



Mikel Alvira, escritor

“Cada uno de mis libros es una exploración”

Imaginemos que esta entrevista surgiría una mañana de julio al borde de los ibones de Ordicuso, tras la ascensión a Peña Gabarda, con el Garmo Negro mostrándose imponente a nuestra izquierda. Dos escritores a pocos kilómetros del Balneario de Panticosa charlando de *Mostaza*, el último libro de Mikel Alvira, “la novela que me ha apetecido escribir, con una estructura diferente, con menos personajes y más breve de lo habitual. La novela de mi serenidad, del desbroce, sin adornos, muy cruda. Yo mismo me he sorprendido al darle una vuelta de tuerca a mi narrativa”.

Publicada por la editorial aragonesa Rasmia, *Mostaza* cuenta la historia de Valerio, un diseñador al que una inesperada noticia hace que se replantee su vida. Abandona por unos días Madrid y escapa a la finca que su amiga Rosa tiene en el campo, en la que se topará con situaciones y personajes que no hubiera imaginado. “*Mostaza* habla de la toma de decisiones, de las ausencias y presencias. Habla de algo habitual en mis novelas: las relaciones entre las personas y las emociones que nos mueven a vivir”.

Mikel Alvira (Pamplona, 1969) se sienta en una roca, mira a uno de los montes

que perfilan el horizonte, iluminados por un sol naciente. “Escribo desde muy pequeño”, dice. “Recuerdo los concursos a los que nos presentábamos en EGB, como el de Coca Cola en 8º. La lectura y la escritura han sido dos de las constantes en mi vida. De hecho, estudié Historia en la Universidad de Deusto. Mi facilidad para la carrera se la debo a que era buen lector y escribía bien”. Esto le abrió las puertas de la docencia –tanto en la propia Universidad como en Enseñanzas Medias– y le permitió alternar su trabajo con manifestaciones narrativas, escénicas, guiones, ensayos y, especialmente, poesía y novela. “Mi vida ha estado vinculada a la creación y a la comunicación, a la docencia, a la exploración. No me considero un



“En mis novelas hablo siempre de las relaciones entre las personas”

escritor de novelas sino un creador con palabras al que le gusta colaborar con fotógrafas, escultoras, pintoras, diseñadoras textiles... He participado en libros colectivos de relatos, y me gustan mucho los microrrelatos, que son como experimentos narrativos. Escribo constantemente, aunque sepa que no vaya a ver la luz, pero son ejercicios que forman parte de esa exploración, igual que me da por plasmar letras en telas o en cualquier soporte. Todos tenemos una historia digna de ser contada, si encontramos a alguien que lo haga; y todos somos contadores de historias, las nuestras y las de otros. Somos una especie animal capaz de generar narrativa, algo que me parece fascinante”.



“Todos somos contadores de historias, las nuestras o las de otros”



“Escribir me ha dado la capacidad de ficcionar, de crear a partir del folio en blanco”

“Más que un escritor soy un creador con palabras”

Variedad temática

Pese a tener ya más de una veintena de libros publicados –novelas como *El noveno libro*, *El color de las mareas*, *El silencio de las hayas*, *La playa de las letras*, *El mar que te debía*, *Cuarenta días de mayo*, *La novela de Rebeca*, *Llegará la lluvia* o *Yo fui Gilles Nabarre*– “no ha habido una estrategia en mi carrera, una ruta que seguir. Es cierto, como digo, que algunos profesores me hicieron ver que tenía cierto talento para escribir, y que incluso en uno de los concursos a los que me presenté, una editora de Random House me preguntó por qué no publicaba. Pero la publicación acabó llegándome de forma natural, al principio con novelas con escenografía histórica, pero entendí que este es un camino en el que has de disfrutar tanto de los aciertos como de los tropiezos”.

Tres son los hitos que, como en cualquier ascensión al monte, le han señalado el camino a seguir: “*El silencio de las hayas* fue la novela que me dio a conocer. *La novela de Rebeca*, la que me consolidó y me hizo plantearme otros escenarios; ahora, *Mostaza* es la que demuestra que esto no es un capricho sino una trayectoria. Escribir me ha dado la capacidad de ficcionar, de crear a partir del folio en blanco. También la posibilidad de relacionarme con muchas personas, desde la preparación de una novela, que me lleva a conocer a gente muy interesante, a la promoción posterior, que me permite relacionarme con personas, dialogar con ellas, discrepar y, en definitiva, aprender. La lectura, por su parte, me ha brindado ese refugio que ofrece la soledad. Leer y escribir son actos solitarios. Yo disfruto mucho de la soledad: en el monte, en mis paseos... Siempre estoy pensando en personajes, descubriendo historias y explorando formatos en los que embarcarme. Tengo mucho material empezado, incluso ideas en la cabeza que quizás nunca lleguen al papel. No me gustaría volver a la misma historia, tampoco hacerlo de la misma manera. Intento no caer en las etiquetas. En mi vida soy de muy pocas etiquetas, y por eso me planteo cada obra como un reto. Lo fácil sería escribir como sé que ya sé hacerlo, pero me gusta explorar en estructuras, ritmos, historias, personajes a los que llevar al extremo. Apuestas que a veces salen bien, otras no, que son parte del proceso creativo. No somos infalibles ni como personas ni como escritores”, concluye. Los pies cansados dentro del agua, el sol reflejándose en uno de esos ibones pirenaicos inspiradores, quizás, para una nueva historia.